

Como Cristianos Católicos creemos que la Escritura es la Palabra de Dios, no como nuestros hermanos y hermanas Pentecostales entienden la frase, sino como la Iglesia la enseña. En las palabras del *Catecismo de la Iglesia Católica*, que cita el documento del Vaticano II, *Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación*:

La palabra de Dios, expresada en lenguas humanas, se hace semejante al lenguaje humano, como la Palabra del eterno Padre asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres (CCC 101; DV13).

En resumen, la Escritura como enseñada por la Iglesia es la Palabras de Dios, es decir, el mensaje de Dios, escrito por los hombres. Mientras leía la Escritura de hoy, no podía evitar pensar que estas lecturas seguramente son el mensaje enviado por Dios cuando lo necesitamos. Es tanto un mensaje de comodidad en los momentos de miedo y lucha como un mensaje de consejo en los momentos de desacuerdo y conflicto.

Como un mensaje de comodidad, ¡cuán hermosas son las palabras de Jesús!

La paz les dejo, mi paz les doy.
No se la doy como la da el mundo.
No pierdan la paz ni se acobarden,

Nosotros necesitamos este mensaje ahora. Hay miedo e incertidumbre a lo largo de los Estados Unidos—miedo sobre explosivos en sitios públicos, miedo sobre las armas, miedo sobre la reforma o la falta de reforma de las leyes de inmigración, miedo y preocupación por los abusos de los derechos humanos en los Estados Unidos y en todo el mundo, miedo sobre lo que estamos haciendo al medio ambiente, miedo sobre nuestra propia seguridad personal.

Necesitamos la seguridad de Cristo que, a través de todo, él será fiel a su promesa. No es la ausencia de miedo que permite a la gente vivir y luchar y vencer el mal; es actuar y hablar a pesar de miedo. Cuando tenemos el espíritu de paz, no nos encogemos en el miedo; encaramos a lo que tememos y buscamos vencer el mal con el bien. Cada momento en nuestras vidas nos enfrentamos al gran desconocido. No sabemos lo que traerá esta noche; no lo que traerá mañana. La vida tiene que ser vivida en fe. No hay certeza. Gracias a Dios por su promesa que siempre él estará con nosotros.

Pero no es sólo el miedo y la incertidumbre del exterior que debemos afrontar y vencer. Nuestra primera lectura nos recuerda de eso. Aun cuando nuestra fe católica estaba en su infancia, los desacuerdos surgieron entre los primeros cristianos que «provocó un altercado y una violenta discusión». Los desacuerdos son diferentes ahora, pero todavía existen—desacuerdos dentro de la Iglesia mundial, desacuerdos dentro de las Américas, y desacuerdos dentro de Santa Cecilia.

Hace algunos años recuerdo que cuando un párroco vino a Santa Cecilia, él me hizo esta pregunta: «¿Cuál es la mayor fuerza de Santa Cecilia?» Yo contesté, «Su diversidad». Entonces

me preguntó, «¿Cuál es la mayor debilidad de Santa Cecilia?» Yo le respondí, «Su diversidad». Por supuesto, me preguntó que lo explicara, y respondí, «Si usted puede mantener la gente que participa en la Adoración Eucarística y la gente que se preocupa con asuntos de justicia social hablando unos con otros sin gritos, habrá sido exitoso como párroco». Él dijo, «Ellos deben participar en ambos». Respondí, “Usted puede pensar que sí, yo puedo pensar que sí, pero muchos de ellos no están de acuerdo”.

Uno de las grandes fuerzas, yo creo, de la Iglesia Católica es que hay espacio para la diversidad, y nosotros no tenemos que estar de acuerdo el uno con el otro; no tenemos que ser amigos el uno del otro; pero estamos llamados a amar el uno al otro y a tratar el uno al otro con respeto. Nunca debemos olvidar las palabras del Evangelio del domingo pasado:

Les doy un mandamiento nuevo:
que se amen los unos a los otros, como yo los he amado;
y por este amor reconocerán todos que ustedes son mis discípulos.

Que enfrentemos al futuro con la confianza que el Espíritu de Dios nunca nos abandona, y que gente reconozcan nuestra fe por la manera en que tratamos a los demás.